

The image features a stylized graphic of white eagle wings and talons against a black background. The wings are positioned at the top and bottom, with yellow beaks and talons. The text is centered within the graphic.

LAWRENCE DURRELL

ÁGUILAS BLANCAS
SOBRE SERBIA

Apasionante historia de espías, diplomáticos y guerrilleros en los primeros años de la revolución socialista en Yugoslavia, escrita con la consistencia y el característico esmero de uno de los más prestigiosos novelistas vivos en lengua inglesa.

Lawrence Durrell, infatigable viajero al servicio del Foreign Office Británico, observador meticuloso de tipos y ambientes, crítico mordaz de sus correligionarios y compatriotas, ha sabido hacer de esta novela de aventuras un clásico de su género.

Uno

El don de lenguas

Aunque Methuen normalmente se alojaba en su club cuando estaba en Londres, era raro verle en el bar o en las anodinas salas de fumadores. Aquella tarde de junio fue algo así como una excepción –y se sorprendió a sí mismo cuando se dio cuenta de que estaba cruzando la escalinata de mármol, al lado de la garita del portero, para abrir las puertas batientes que daban al salón privado–. Estaba a la búsqueda de compañía agradable, se dijo interiormente y añadió en voz muy baja: «y no me encuentro demasiado exigente». Cuatro meses en las junglas de Malaya le habían convertido en un ser ávido del sonido de su propio idioma, y se alegró –sí, realmente se alegró– de volver a ver al viejo Archdale, el aburrimiento personificado, en un rincón de la sala.

–Has estado fuera un montón de tiempo –comentó Archdale lánguidamente, mirando a través de su monóculo de montura dorada, y Methuen sintió el calor del saludo familiar–. Bien venido de nuevo al fuego del campamento, amigo.

El fuego del campamento ardía más bien mortecino, y Methuen lo hizo notar, al tiempo que daba una orden al mozo antes de hundirse en la butaca frente a Archdale. Charlaron de forma intrascendente durante un rato, y Ar-

chdale hizo un gran esfuerzo para recompensar el sentimiento de gratitud que experimentaba por la compañía de Methuen, relatando de nuevo una de sus más largas historias, cuando de repente Methuen tuvo la sensación de que estaba siendo observado. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver el reflejo de Dombey deslizarse por él espejo del *hall*.

–Vaya por Dios –dijo–. Esperemos que Dombey no me esté buscando.

Archdale soltó una risita irónica.

–Bueno, por lo menos no es a mí a quien busca.

Methuen tomó un largo trago y, a modo de explicación, dijo:

–Es que, verás; acabo de dejarle. He entregado el informe y me han dado un permiso indefinido después de este *show* en el Extremo Oriente.

Volvió a mirar por encima de su hombro, nervioso, y vio cómo las puertas se abrían para dejar paso a la figura pesada y desastrada de su superior, Dombey, con su perfil de oso hormiguero y su estrecha corbata de Eton. Este permaneció en pie al lado de la puerta y, con un gesto de su larga nariz, señaló en dirección a Methuen.

–Es a mí –dijo Methuen apesadumbrado; pero para confirmarlo movió rápidamente las manos señalándose a sí mismo. Dombey asintió lentamente, sonriendo, y cruzó rápidamente hacia la esquina opuesta de la habitación, donde se acomodó en una silla, como un gran pájaro, y unió sus enormes manos delante de él, sobre la mesa de caoba, con el gesto del hombre que cierra un *dossier*. Sus semicerrados ojos le hacían parecer como dormitando perpetuamente; una sonrisa como de lechuza, inocente, jugaba entre sus facciones.

–¡Maldita sea! –dijo Methuen vengativamente, apurando su bebida–. Más vale que vaya a ver qué quiere.

Archdale volvió a soltar una risita fatua:

–Menuda perra vida lleváis en la «Oficina Siniestra», muchachos. Gracias a Dios que no he sido nunca reclutado para estos asuntos de capa y espada. Sólo soy un artillero. Me va mejor.

En aquellos momentos también le hubiera ido mejor a Methuen como a cualquier otro. Malasia le había puesto verdaderamente enfermo y estaba esperando con ansiedad los quince días de pesca en un río de Irlanda que él conocía. Dombey pesaba como una sombra sobre aquellos planes.

–¿Cómo demonios te metes en los secretos de Dombey, eh? –preguntó Archdale con impertinencia, ya que estaba poco dispuesto a perder la única compañía que tenía en perspectiva para aquella tarde.

Methuen respondió con voz preocupada por sus problemas personales:

–Es mi don de lenguas.

–Ya veo.

Se levantó y acabó su bebida.

–Han descubierto que puedo hablar varios idiomas.

Archdale se acomodó mejor en su asiento y dijo:

–¿Parlé vu fransé?... Gracias a Dios que nunca he sabido idiomas.

Methuen tosió e hizo acopio de fuerzas.

–Bueno, amigo –dijo con cierto pesar–, hasta otra.

Archdale miró con un gesto triste y se le cayó el monoculo.

–A lo mejor no es nada –dijo con cierta esperanza–. Vuelve por aquí después y acabaré de contarte. Te divertirá.

–Gracias. Volveré si puedo.

Methuen se dirigió hacia la mesa de Dombey como quien camina sobre un campo de minas.

–¡Ah! –dijo Dombey con voz soñolienta–. Le estaba buscando.

—Acabo de salir de su oficina, ¿no se acuerda? —dijo Methuen ácidamente.

Dombey asintió despacio, conciliadoramente.

—Entonces no estaba preparado para hablar; lo siento de veras.

Methuen encendió un cigarrillo y dijo:

—Ahora estoy de permiso. Me lo acaba de dar, ¿se acuerda?

Dombey hizo un gesto suave en el aire, como un mago que acaricia a un gato.

—Sí —admitió—; por supuesto que sí —y permaneció en silencio durante un largo minuto mientras se estudiaba las enormes manos.

Habla algo típicamente oriental en la manera que tenía Dombey de abordar los asuntos de negocios; siempre daba mil rodeos al tema que le preocupaba antes de centrarse en él. Empezaba, por así decirlo, en el punto más alejado de lo que tenía intención de decir y realizaba varios circunloquios hacia el punto álgido, que siempre se encapsulaba en la frase «Sólo quiero que vayas a echar un vistazo». Esto lo solía decir con el tono untuoso de un pachá que aplaca a un prestamista. Siempre empezaba diciendo algo así como «¿Tienes alguna idea de la temperatura media de la Tierra de Baffin en verano?» o si no «¿Cuánto se tardaría en ir de Roma a Ginebra en bicicleta?».

En este caso permaneció silencioso durante un largo rato, mirando a Methuen con una expresión de sobriedad y reflexión antes de preguntarle:

—¿Cuánto se tardaría en ir de Belgrado a Salónica a pie?

Methuen estaba acostumbrado a este tipo de introducción. A pesar de la elevada posición de Dombey en la unidad conocida como SOq, o Sección de Operaciones Especiales Q, entre unos cuantos altos cargos, éste era unos pocos años más joven que Methuen, y estaba absoluta-

mente claro que una carrera tan meteórica como la de Dombey tenía que estar necesariamente respaldada por un cerebro. La manera lenta y tortuosa de abordar los asuntos no era la de un hombre torpe, sino más bien la táctica de un hombre cuyo trabajo y cuya vida consisten en el ensamblaje de complicados *puzzles* donde cada una de las piezas son intrigas, locuras y fallos humanos, peligros y alertas que obstruyen la estabilidad de los objetivos y la política británicos.

—De Belgrado a Salónica —dijo Methuen—, depende de cómo se ande. Yo personalmente no lo haría, y si esos son los planes que tiene en mente para mí...

Dombey comenzó a mascullar.

—Espere —dijo—. Estimado compañero, no me meta prisa. Espere un segundo.

—Ya conozco sus trucos —dijo Methuen severamente—, y normalmente no me importan. Pero, en serio, Dombey, este último trabajo ha sido totalmente agotador. Tengo que tomarme unas vacaciones.

—Le prometo —dijo Dombey solemnemente— que sólo quiero que me aconseje. Nada le será impuesto. No le ocultaré que me gustaría que fuera usted personalmente. Pero de momento sólo quiero su opinión, ¿de acuerdo? A lo mejor el viaje le apetece y todo. Eso no lo sabemos ni usted ni yo.

Suspiró y se recostó en su silla.

—¿Y qué tal con Danny y el profesor?

—No —dijo Dombey, y sacudió la cabeza con determinación—. A pesar de lo agradable que resulta mandarles a los tres juntos, éste no es asunto para el equipo que ustedes tres forman. Es un trabajo para un hombre solo, y en mi opinión, un trabajo endiabladamente difícil. Por supuesto, no quiero que lo considere como una misión exclusivamente para usted. Se la asignaré a otra persona. Pero sus consejos me serán de un valor inestimable.

—¡Dios mío! —exclamó al fin—. ¡Qué alivio!

–Pensé que se alegraría.

–¿Alegrarme? Es mucho más que eso –contestó Methuen.

Aquella noche cenó muy a gusto, y cuando Duncan fue a visitarle comprobó con satisfacción que ya no tenía fiebre y que la pierna le dolía mucho menos. El escocés miró tristemente a su paciente y dijo con pesar:

–Mañana ya estará levantado y andando por ahí. A lo mejor no necesita ni muletas... Vaya mundo más miserable.

A la hora de acostarse llegó un mensaje de felicitación de Dombey, escueto y breve como siempre, seguido de la orden de que regresara en cuanto estuviera lo suficientemente restablecido. Porson, que había descifrado el mensaje, dijo:

–Supongo que ya estará ardiendo en deseos de volver a casa. ¿Cómo le gustaría viajar?

Methuen pensó en el largo y lento tren que se arrastraba por Servia y Croacia y dijo:

–La verdad es que me gustaría ir en avión.

–¿Cuándo?

–Pasado mañana.

Porson suspiró y cerró de golpe la carpeta.

–Aquí finaliza el primer capítulo –dijo–. Me aseguraré de que le reserven un asiento en el avión.

Methuen durmió como un tronco, y cuando se despertó hacía un día soleado y delicioso. Los grillos chirriaban en los verdes céspedes de la embajada. Una cortadora automática zumbaba en algún lugar, fuera del alcance de su vista. Para satisfacción suya, comprobó que la pierna, aunque le dolía, soportaba su peso fácilmente. No serían necesarias las muletas. Paseó arriba y abajo por la habitación para comprobar este emocionante hecho.

La vida, pensó interiormente Methuen, se iba haciendo aburrida en el SOq. Las tres últimas misiones (a excepción de la de Malasia, de la que acababa de regresar) se ha-

bían animado con la presencia de los dos amigos que acababa de nombrar. Tres era sin duda mejor número que uno cuando se trataba de aventuras fuertes, y los tres hombres, un heterogéneo surtido, habían compartido un buen número de experiencias excitantes en varios puntos de los Balcanes. Pero éste era un trabajo para uno... Bueno, después de todo ese tipo de trabajo debía ser llevado a cabo por alguien. Aparte de un cierto resentimiento (pues se daba perfecta cuenta de que Dombey le estaba lanzando el anzuelo), sintió también el incipiente gusanillo de la curiosidad. En cualquier caso deseaba conocer aquello que estaba rechazando.

—¿De qué se trata? —dijo por fin.

Dombey se levantó bruscamente como un pescador que lanza el sedal. Encendió un cigarrillo y estiró sus largos brazos. Methuen, sentado, miró hacia él sobriamente.

—Deme una rápida visión general —dijo—, y así me podré largar al teatro.

Dombey apagó la cerilla de un soplido, exhalando un largo chorro de humo por la nariz.

—No puedo hablar con precisión si no tengo un mapa delante. ¿Tiene un rato libre ahora? —y debió ver una sombra de resentimiento en la mirada de Methuen, pues le agarró de un brazo y añadió—: Vamos juntos a la «Oficina Siniestra». Allí tengo preparado todo lo necesario.

Methuen se levantó y suspiró.

—Con una condición —dijo—. No me voy a ninguna parte antes del viernes que viene.

Dombey hizo con los brazos en el aire un amplio gesto acomodaticio.

—Pues claro. Por supuesto —dijo con un tono casi quejumbroso.

Los dos hombres caminaron despacio en el crepúsculo gris de Londres cogidos del brazo como íntimos amigos cruzando el Mall hacia Charing Cross Road, hablando de manera inconexa. La oscuridad caía cuando llegaron a la

plaza anónima donde, a la sombra de los Seven Dials, la Unidad de Operaciones Especiales residía y tenía su centro. Un oficinista de turno estaba sentado clasificando la correspondencia en una mesa de tapete verde. La noche se había hecho cerrada, y Methuen, contemplando por un momento el nocturno cielo gris azulado, captó una fugaz visión de los ángeles que adornaban el tejado del edificio, montados en la oscuridad como doce antiguos mascarones de proa. El edificio había alojado en el pasado a una compañía de seguros victoriana, y las esculturas absurdas que ornamentaban sus masivas y ahora sucias cornisas eran elocuentes testigos de los criterios artísticos de los años noventa. Era un lugar extraño e impersonal, lleno de pasillos gélidos y de estrechos ascensores.

—De acuerdo, señor —dijo el oficinista de guardia apartando la mampara de madera y dejándolos pasar a un *hall* oscuro donde permanecieron durante un minuto mientras buscaba a tientas en la caja fuerte las llaves con el letrero del despacho de Dombey. El ascensor, como de costumbre, no funcionaba. Recorrieron un largo pasillo, encendiendo luces a medida que iban pasando, y al final de éste subieron silenciosamente dos pisos hasta llegar al despacho de Dombey. De las profundidades sombrías, en el piso de abajo, donde estaba montada la sección de radio, procedía el teclear del receptor de radio, que golpeaba en la oscuridad con monótona repetitividad, como una uña sobre el parche de un tambor. De detrás de una puerta medio abierta en el primer descansillo se escapaba un haz de luz fluorescente, que pasó del morado al verde y se apagó. Dombey forcejeó torpemente con la puerta y la abrió con estrépito.

Entraron juntos en la cálida penumbra de la enmoquetada habitación, y Methuen se quedó ligeramente atrás para dar tiempo a que su superior encontrase el interruptor de la lámpara de la mesa. Conocía este cuarto a la perfección; había sido el punto de partida de tantas y tantas

aventuras... Mentalmente reconstruyó todos sus detalles, que más tarde confirmaría la lámpara verde brillante del despacho: estanterías, el pequeño mueble-bar de caoba, montones de rollos de mapas, una cama plegable y el dic-táfono, con sus cilindros de cera apilados como municio-nes en el estante detrás de la mesa. Dombey encendió la luz al tiempo que soltaba la palabra clave: *Yugoslavia*. Methuen gruñó y sacó un cigarrillo antes de estirarse en un sillón.

—Ya lo sé —dijo Dombey en tono apaciguador—. Ya sé.

Se quitó el abrigo y cruzó la habitación hacia la pared donde se hallaba la gruesa pila de mapas, cada uno de ellos en su sólida armazón cubierta de celofán, y atado a la pared con una pieza de bronce, lo que permitía pasarlos como los páginas de un libro. Con sus enormes dedos blancos, Dombey recorrió Austria, Istria, Eslovenia, y apuntó hacia el sur en dirección a Serbia.

—Ya conoce la infraestructura política, Methuen —dijo—; así que no voy a intentar describirle la dictadura comunista de Tito. Usted se encontraba en Barí cuando finalizó la guerra, ¿no?

Methuen asintió.

—¿Ha vuelto por allí desde entonces?

—No, desde el año cincuenta y tres o así.

—¿Qué tal es su serbio?

—En tiempos fue muy bueno.

De repente había comenzado a mirar la mano derecha de Dombey como si fuese la de un hipnotizador. En el fondo de su mente comenzaba a alzarse una estampa borrosa, llena de altas e irrigadas montañas coronadas de abetos resonando con la vibración de heladas aguas que fluyen hacia el sur y hacia el oeste. El dedo de Dombey había comenzado a buscar algo en la zona montañosa del sur de Serbia, vagamente, indecisamente. Por fin se posó sobre una ciudad del viejo Sanjak turco de Novi Pazaar. Methuen sonrió y se incorporó en su asiento. Era como si

un médico le hubiese puesto un dedo en algún punto doloroso.

–Por esta zona –dijo Dombey.

Y Methuen sintió la palpitación de aquella provincia en su recuerdo como si se hubiese tratado de un miembro enfermo.

–Hace veinte años o más –dijo en voz alta– estuve pescando por esa cordillera durante dos años seguidos.

–Algo está sucediendo aquí, en estas montañas...

Dombey hizo una pausa, con intención de impresionarle, y encendió un cigarrillo.

–¿Qué dice el informe?

–Aún no hay nada tan concreto como un informe.

–¿Y dónde entro yo?

–Todavía no lo sé.

El ruido del tráfico de Londres murmuraba al otro lado de la ventana, imitando el susurro de los arroyos trucheros de la imaginación de Methuen.

–Explíquese –dijo éste pacientemente.

Y Dombey empezó su exposición de los hechos:

–Sabemos que los monárquicos están trabajando día y noche para fomentar una revolución contra Tito. Su cuartel general está ubicado en París, y se las están arreglando para infiltrar gente en Yugoslavia. Hasta aquí es fácil de comprender. Pero recientemente, Methuen, han estado enviando pequeños grupos de gente considerablemente armados. Por supuesto, no tienen ninguna posibilidad contra la organización OZNA de Tito; los están cazando como conejos. Se han desarrollado unos doce juicios contra espías en los últimos meses, de los que ha informado la prensa de Tito de manera bastante explícita, y todos ellos relacionados con bandas de hombres «armados», que supuestamente vagabundean por esas montañas con unos equipos bastante decentes.

–¿Excedentes de guerra comprados en Francia?

–Sí.

–Pero eso es habitual en los Balcanes.

–Y, sin embargo, ¿por qué tiene que ser «siempre» en «esa» zona? Es fácil aislar esa cadena de montañas. Si usted o yo tuviéramos la intención de fastidiar a Tito, encontraríamos cien lugares más apropiados para enviar agentes. ¿Para qué dejar que capturen a tantos tipos y perder tanta cantidad de material en ese preciso lugar? No sabemos.

–¿Qué piensa la gente que está en Yugoslavia?

–No comprenden nada. Los movimientos de las embajadas extranjeras están restringidos a un área de veinte kilómetros alrededor de Belgrado y Zagreb. Siguen a todo el mundo de día y de noche. Resulta prácticamente imposible para un extranjero hacer una incursión en la zona para averiguar por sí mismo qué pasa.

–Quizá quieren volar las vías del tren.

–¿Tendría eso algún objeto?

–Aparentemente, ninguno.

Dombey cogió un montón de banderitas con alfileres de una bandeja que había sobre su mesa y empezó a clavarlas en varios puntos del mapa.

–Siete lugares distintos en la misma zona –dijo por fin, echándose hacia atrás y ladeando la cabeza–. Ahora bien, hay «otro» asunto. Por supuesto, se ha desplegado una gran cantidad de actividad policial en el área, pero no se han producido movimientos «militares» significativos; así que, obviamente, los comunistas no consideran estas incursiones como una gran amenaza contra la estabilidad del régimen. Sin embargo, están tan perplejos como nosotros.

–Y eso, ¿cómo lo sabemos?

–Dos refugiados que trabajaban para el OZNA han ido recientemente a Trieste.

–¿Está sugiriendo –preguntó Methuen– que me acerque como si tal cosa a la zona y me echen de allí a patadas como si fuese un agente del rey Pedro?

—No —dijo Dombey—, sólo quiero que me dé su opinión.

—¿Podría llegar hasta Belgrado? Allí puede que corran rumores que lo expliquen todo.

—¿Le gustaría intentarlo?

—Si tuviera alguna posibilidad de pescar en aquellos riachuelos de montaña, sí que me gustaría, sí —dijo Methuen con franqueza—; pero permanecer sentado en Belgrado y comprometer a la embajada...

—Ah, sí —dijo Dombey tristemente—; la embajada.

En general, el SOq tenía la norma de intentar operar independientemente de las fuerzas del Foreign Office en el extranjero, para no poner en peligro su trabajo.

—Este caso es una excepción —dijo Dombey apesadumbrado—. Lo siento. Y también lo siente *sir* John... A propósito, tendría que ver sus telegramas. Se opone totalmente a que usted vaya. Y, francamente, yo también preferiría operar de forma independiente. Podría usted viajar como hombre de negocios, pero tardan siglos en conceder los visados. Y estoy impaciente por seguir con esta historia inmediatamente. Sobre todo después del reciente accidente. Eso nos ha preocupado a todos.

—Ah —dijo Methuen—, «por fin» vamos llegando al meollo del asunto. ¿Qué ha pasado?

—Peter Anson ha muerto.

—Ah —dijo Methuen escuetamente.

—Usted no llegó a conocerle. Era agregado militar en Belgrado, además de un entusiasta pescador de caña. Había encontrado la manera de pasar los fines de semana en esas montañas, y la semana pasada no regresó de una de sus excursiones. Ayer el OZNA notificó a la embajada que habían encontrado su cadáver en las montañas, cerca de Novi Pazaar. Un tiro en la cabeza. Una de esas bandas deambulantes de monárquicos.

—¡Pero qué estúpido fue por su parte! —exclamó Methuen encolerizado—. Ir a una zona como ésa con su caña

de pescar, a tontas y a locas. Supongo que además llegaría hasta allí en su coche, y que le siguieron durante todo el camino.

—No. Era mucho más listo que todo eso. Cada semana, sabe, un coche está autorizado a llevar una valija al consulado de Skoplje. La carretera atraviesa toda esa zona, y hay un lugar en el valle donde el coche del OZNA se queda considerablemente rezagado. Peter solía bajarse en marcha, pasar el domingo pescando en las montañas y volverse a montar en el coche cuando éste regresaba, el lunes de madrugada. Sólo que esta vez no volvió.

Se hizo un largo silencio. Dombey volvió a sentarse detrás de su mesa, y comenzó a hacer dibujitos con un lápiz en el secante verde.

—Pero también —dijo suavemente—, ¿por qué no habrá ningún informe? Puede que todo esto no merezca nuestra atención. Por supuesto, Peter estaba intentando entrar en contacto con una de estas bandas monárquicas para averiguar qué están tramando. Es bastante probable que los comunistas estén diciendo la verdad. Puede que lograrse establecer algún contacto, lo que sólo le condujo a ser disparado por ellos mismos. Comprende, los monárquicos nos odian casi tanto como los comunistas. Consideran que pusimos a Tito en el poder y nos hacen responsables de la muerte de Mihaelovic.

—Ya lo sé —dijo Methuen con voz cansada.

—¿Irá a Belgrado? «No» se acerque a las montañas, por favor. Pase allí una o dos semanas y veremos de lo que puede enterarse. Yo que usted no me preocuparía si no encontrase nada.

—¿Cómo voy a ir?

—La Oficina de Guerra tiene pensado enviar a un contable civil para inspeccionar su establecimiento de allí. Su visado ya le ha sido concedido. Puede usted hacerse pasar por míster Judson, si le parece bien, y quedarse una semana o dos.